

1. LA PALABRA QUE INVITA

Evangelio de san Lucas (1, 26-38)

Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; porque para Dios nada hay imposible.

María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y el ángel se retiró.

En este anuncio, paralelo al de Juan Bautista, el evangelista abandona el marco solemne del templo para trasladarse a un pequeño lugar de Galilea. La salvación de Dios llega desde un lugar humilde, fuera de las grandes instituciones religiosas de Israel. Jesús es descrito, sin embargo, con los rasgos del Mesías del Antiguo Testamento y como Hijo de Dios, un título con el que Lucas quiere describir la relación misteriosa que lo une al Padre. Relación que, según Lucas, existe desde su nacimiento por obra del Espíritu Santo.

TEXTO Y NOTAS DE LA BIBLIA, LA CASA DE LA BIBLIA, SALAMANCA.